

evangelización. En el caso de los moriscos porque, llevados por su afán de supervivencia ante presiones políticas (la Iglesia fue mucho más tolerante), estaban bautizados pero no convertidos; en el caso de los indios, por la dificultad que suponía verter a otras lenguas desconocidas los conceptos de la fe cristiana, formulados en la lengua latina y sus derivadas.

M. Alonso de Diego

Antonio RIVERA GARCÍA, *La política del cielo. Clericalismo jesuita y estado moderno*, Georg Olms Verlag («Europaea Memoria. Studien und Texte zur Geschichte der europäischen Ideen», I.9), Hildesheim-Zürich-New York 1999, 178 pp.

Esta monografía es una reelaboración de la segunda parte de una tesis doctoral leída en la Universidad de Murcia. La primera parte se ha publicado en Murcia, también en 1999, con el título *Republicanism calvinista*.

Esta segunda parte, que ahora pone en nuestras manos la prestigiosa «Europaea Memoria», fundada por el Prof. Jean Ecole, analiza el tipo-ideal jesuita y su influjo en la moderna política europea (y mundial). Se inspira, con ya se habrá advertido, en una herramienta historiográfica creada por Max Weber. El punto de partida del autor es que la concepción política de la Compañía se elaboró a partir de conceptos teológicos (o, para ser más precisos, desde concepciones teológicas). De ahí el título del libro: «La política del cielo». Al final se ofrece un cotejo entre el imaginario político de la Compañía y el propio del calvinismo, determinando sus diferencias.

La bibliografía es amplia y denota el concienzudo esfuerzo realizado por el doctorando, que ha consultado muchas fuentes primarias y bibliografía secundaria abundante.

Al término de este trabajo, uno se pregunta si la bibliografía manejada (sobre todo algunas monografías) no habrán desorientado al autor. Por ejemplo: es muy brillante y sugerente analizar los *Ejercicios espirituales* de San

Ignacio con técnicas constructivas y deconstructivas. Michel Foucault y, sobre todo, Roland Barthes están ahí. Ahora bien, el contexto de los *Ejercicios* no es el estructuralismo ni la hermenéutica existencial, sino la *devotio moderna*. La realidad es, por lo general, más sencilla que las interpretaciones francesas de lo religioso. El creyente, en efecto, cree que Dios existe, que le escucha y que se puede dirigir a Él. Esto presupone la trascendencia de Dios sobre todo lo creado y que Dios es ser personal. El orante observa, además, que la imaginación y mil preocupaciones diarias le apartan con frecuencia de la oración. Es necesario, por tanto, entrenarse en tal contemplación. La imaginación es la «loca de la casa», como confesaba Santa Teresa, más o menos contemporánea de San Ignacio; para aquietarla, debe «alimentarse» adecuadamente. Por eso, los *Ejercicios* proponen unos métodos para no distraerse en la meditación y para sacar el mayor fruto de las cosas sobrenaturales. Ahí está todo.

Se podrá decir, nadie lo niega, que la reglamentación en los *Ejercicios* es excesiva, que no conviene ahogar la espontaneidad y muchas cosas más. Ciertamente. Pero el fondo de la cuestión sigue incólume: los *Ejercicios* se escribieron bajo el influjo del benedictino García de Cisneros y tienen su marco propio en el Renacimiento. Lo contrario, trasladar *Los ejercicios* a nuestro siglo XX, enmarcándolos en las discusiones heurísticas contemporáneas, como ahora se dice, podría infringir la primera norma de todo historiador: la correcta contextualización. Ya Marcel Bataillon, por citar un ejemplo egregio, se dejó seducir, hace tantos años, por algunas exageraciones —que, sin embargo hicieron fortuna en el mundo universitario— al exponer los orígenes de la espiritualidad ignaciana, como si San Ignacio hubiese estado informado, desde su más tierna infancia, de todos los debates intelectuales europeos de aquella hora. (Ignacio era, cuando fundó la Compañía, sólo un militar herido gravemente, con la cultura propia de su condición).

Con el ánimo de dilucidar el importante protagonismo desempeñado por la política je-

suita en la edad moderna (quizá menor del que han querido atribuirle los ilustrados dieciochescos), el autor baraja demasiadas cosas: las polémicas sobre la libertad y la gracia (que evidentemente estaban ahí), la cuestión del probabilismo (que también anduvo de por medio), la educación de los colegios jesuitas en la responsabilidad (que no puede desdeñarse), el caso del Padre Mariana (y la inquina de Felipe II a los jesuitas), el tacitismo, la definición de ley (comparando a Suárez con Santo Tomás), las doctrinas económicas jesuitas y su responsabilidad en la decadencia económica española, etc. Quizá demasiadas cosas.

La polémica de los jesuitas con los jansenistas (un jansenismo que tuvo tres manifestaciones fundamentales: dogmática, febroniana y cesaropapista) llenó casi dos siglos contribuyó quizá a la disolución de la Compañía en 1773. En todo caso, los Borbones se beneficiaron de ello. No obstante, y a pesar de todos los pesares, la Compañía fue un instituto religioso con una finalidad inmediatamente evangelizadora. Todo lo demás, cuando es verdadero, es puramente accidental o derivado; muchas veces, incluso, es invento o tergiversación. Las *Provinciales* de Pascal colean todavía...

La erudición que manifiesta el autor (un acervo riquísimo) será una excelente punto de partida para su posterior tarea investigadora. Sin embargo, la regla –tantas veces repetida por Álvaro d'Ors– de que una monografía doctoral sólo debe argumentar aquello que contribuya a probar la hipótesis de trabajo, se olvida. Es el sacrificio de Isaac, al que tantas veces se resisten los investigadores, cuando tratan temas religiosos.

J.I. Saranyana

William R. SHEA, Mariano ARTIGAS, *Galileo en Roma. Crónica de 500 días*, Ediciones Encuentro, Madrid 2003, 238 pp.

William R. Shea, profesor del Instituto de Historia de las Ciencias de la Universidad de Estrasburgo, y Mariano Artigas, profesor de la

Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Navarra, publican ahora en castellano un libro sorprendente, cuya lectura aconsejamos. Es una traducción de *Galileo in Rome. The Rise and Fall of a Troublesome Genius* (Oxford University Press, 2003). De esta monografía la crítica internacional ha dicho que «represents the finest in modern Galileo scholarship» («First Things», 139 [January 2004]).

Los autores describen, al hilo de los seis viajes de Galileo a Roma (1587, 1611, 1616, 1624, 1630 y 1633), cómo se tejó la condena de Galileo Galilei, cuál fue su verdadero alcance y qué implicaciones posteriores tuvo sobre la vida del físico italiano. Al mismo tiempo, ofrecen muchos detalles de la vida privada de este extraordinario investigador, que aclaran rasgos de su carácter e iluminan sus convicciones religiosas y sus actitudes (también morales). Han recorrido físicamente los lugares donde vivió, han revisado el Archivo di Stato de Florencia y la Biblioteca Nazionale de aquella capital toscana. Han corregido errores que se encuentran en las obras de los mejores especialistas en el asunto galileano. En definitiva, y al hilo de la monumental *edición nacional* de Antonio Favaro (1890-1909), han contextualizado con claridad (esto es quizá lo más importante) el proceso contra Galileo, en el marco posttridentino, concretamente en el horizonte de la polémica sobre el libre examen de las Escrituras, que la Iglesia mantenía con el luteranismo.

No repetiremos aquí, con todos sus matices, el contenido de la advertencia que el Cardenal Roberto Belarmino leyó a Galileo en 1616. Tampoco destacaremos el relieve que alcanzó una minuta conservada en el Santo Oficio, que tanto habría de perjudicarle posteriormente en el proceso de 1633. No pretendemos discutir la rectitud de Urbano VIII ni las verdaderas pretensiones del documento del Santo Oficio, que le fue leído el 23 de junio 1633. Todo esto está minuciosamente estudiado en la monografía.

Es conocido que Galileo fue censurado como «vehementemente sospechoso de herejía» por «haber sostenido y creído la doctrina falsa